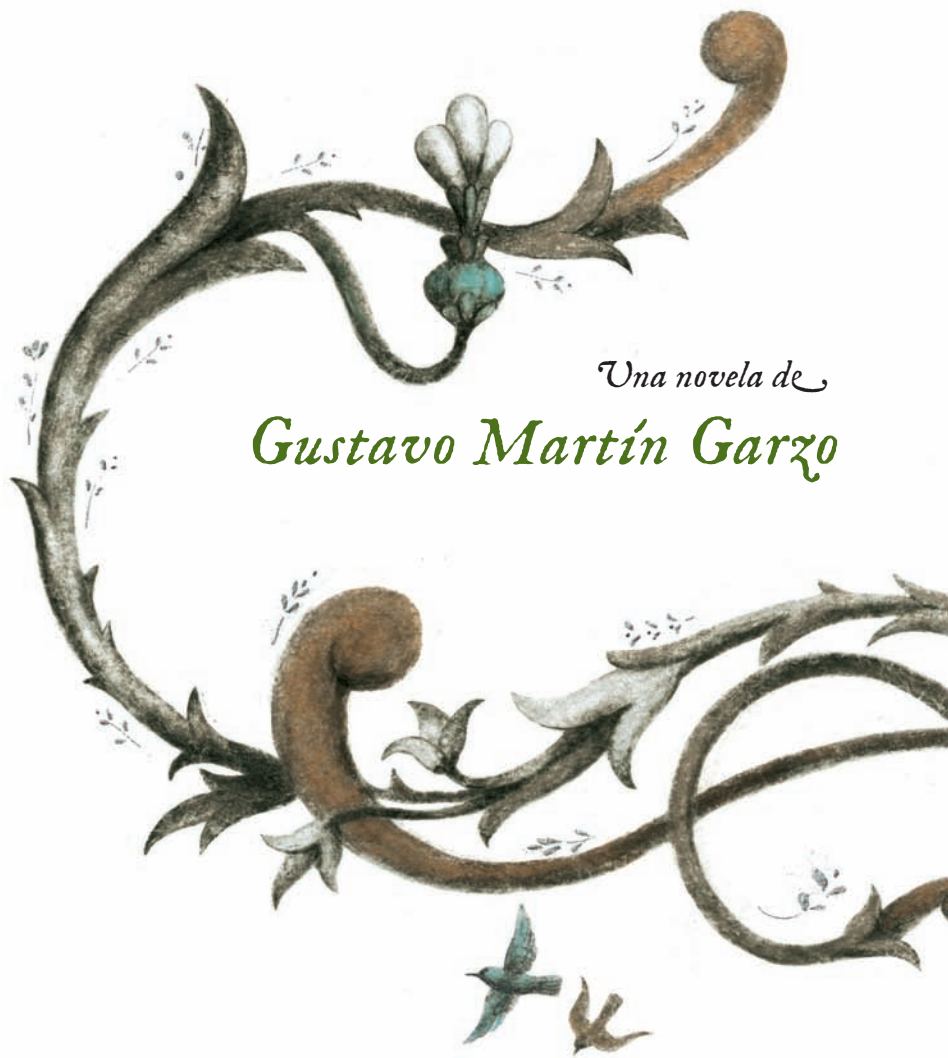


*La puerta de las
pájaros*









Una novela de
Gustavo Martín Garzo

Con ilustraciones de
Pablo Auladell



La puerta de los
pájaros





*Ved aquí al animal que no existía.
Sin saberlo le amaron: su testuz,
su porte silencioso, hasta la luz
que su mirada reflejó tranquila.*

*Y no existe, es verdad, pero al amarle
le hicieron un lugar en este mundo,
con amor le otorgaron un ser puro
capaz de alzar los ojos a mirarles.*

*Y ahondó en su sed de ser hasta tal grado
—ningún otro alimento le mantuvo—
que estando a esta promesa confiado*

*un cuerno de su frente surgir pudo.
Blanco alcanzó el espejo plateado
de la doncella, y dentro de ella estuvo.*

SONETOS A ORFEO

Rainer Maria Rilke

(Traducción de Esperanza Ortega)



· I ·

El cascabel mágico

Hace ya mucho tiempo vivía en Portugal un rey que se llamaba Dinis. Tenía una única hija a la que puso de nombre Constanza. El rey había enviudado muy joven y solo vivía para hacer feliz a la princesa, que era el vivo retrato de su amada esposa. Constanza siempre estaba atendiendo a los pobres y a los más desfavorecidos. Era muy discreta, y prefería



la soledad del palacio y la quietud de sus jardines al bullicio de los mercados y de las fiestas.

Su padre, el rey, tenía una gran biblioteca, y Constanza se pasaba las horas leyendo. Le gustaban las novelas de caballeros andantes, de jóvenes doncellas que se disfrazaban de varones para recorrer el mundo en busca de aventuras, de marinos que se enfrentaban a feroces ballenas y otros monstruos de las profundidades. Pero acababa de cumplir trece años y sus preferidas eran las historias de amor. Conoció así la triste historia de Berta, que fabricó unas alas para volar y en las noches de luna se reunía con el pastor al que amaba, hasta que un arquero la confundió con un ave y la mató con sus flechas; o la historia del mercader que amaestraba palomas. Una joven noble se prendó de él, pero el padre, que lo consideraba de clase inferior, se opuso a su relación y empezaron a verse a escondidas. El padre la recluyó en uno de sus palacios, y el joven no tardó en liberarla. Amaestraba palomas y las había enseñado a seguir el rastro de un cordón azul que su novia siempre llevaba consigo, así que solo tuvo que soltar a sus palomas para reunirse con ella.

También leyó en uno de aquellos libros la historia de Simbad, el marino. Un maligno brujo había encantado a su prometida el día mismo de la boda,

haciendo que su cuerpo disminuyera hasta tener el tamaño de un pulgar, y Simbad tuvo que recorrer mares e islas extrañas, y enfrentarse a todo tipo de peligros, hasta encontrar la flor azul con cuyos pétalos se fabricaba un bebedizo que permitiría devolverle su antiguo cuerpo. El libro tenía hermosas ilustraciones, que Constanza no se cansaba de mirar. Sobre todo aquellas en que la princesa aparecía pequeñita junto a Simbad. Estaba muy graciosa con sus bombachos de seda y su corpiño azul jugando entre los dedos de las grandes manos de Simbad mientras él no dejaba de mirarla. Y Constanza se preguntaba lo que tenía que ser que alguien tan poderoso se olvidara de todo para ocuparse de ti. Tener que cuidar de lo más pequeño, ¿era eso el amor?

En una de las salas adyacentes a la biblioteca, había cinco hermosos tapices. Eran de su madre. Había muerto cuando Constanza tenía cinco años y apenas se acordaba de ella. Solo de aquellas visitas a la sala de los tapices. Su madre la tomaba en sus brazos y le contaba su historia. Se representaba en ellos a una doncella que esperaba la llegada de un unicornio en una tienda que había levantado en el bosque. Y allí se contaba todo lo que ella hacía para llamar su atención y, finalmente, cómo el unicornio acudía a su encuentro y ponía las patas sobre su falda.

Los tapices procedían de la abuela de su madre, que a su vez los había recibido de su propia madre, y esta de la suya hasta remontarse a una lejana reina de Sicilia que había sido quien los mandó tejer. Los unicornios eran criaturas extremadamente huidizas que raras veces se dejaban ver. Sin embargo, amaban a las doncellas y bastaba que vieran a una en el bosque para que la siguieran. Y cuando estas se sentaban a descansar, los unicornios se tumbaban a su lado y se quedaban dormidos sobre sus faldas. Y a aquella reina le gustaba esta historia por encima de todas y, siendo ya una anciana, mandó tejer los tapices e hizo que la doncella tuviera su propio rostro, como si fuera a ella a quien le había sucedido lo que allí se contaba. Quería que, a su muerte, los tapices pasaran a sus hijas y nietas, y que así todas las mujeres de su familia supieran que más allá de las cosas que las obligaban a vivir y hacer, había una vida distinta de la que apenas sabían nada y que era la única que importaba de verdad. *A mi único deseo*, estaba escrito en la tienda que la doncella levantaba en el bosque para recibir al unicornio.

—A lo mejor —le había dicho a Constanza su madre cuando esta era una niña y se detenían ante aquellos tapices—, cuando seas un poco mayor, a ti te pasa lo mismo y te encuentras en el bosque con una criatura así.

No muy lejos del palacio estaba el bosque de Leiria. Era un bosque de pinos que se extendía por la costa y protegía las tierras de labranza de la arena arrastrada por el viento. En torno a él había crecido una próspera industria, muy importante en los descubrimientos marítimos, pues la madera se empleaba para construir barcos. Había serrerías, fábricas de resina y vidrio, herrerías y hornos de cerámica. El bosque se extendía tierra adentro, sobre las dunas. Era muy denso y estaba salpicado de fuentes de agua y pequeños arroyos. Había conejos y liebres, nutrias, zorros, y numerosas aves: urracas, mirlos, herrerillos y, junto a la costa, gaviotas reidoras y gaviotas de plata. El bosque estaba lleno de brezos blancos, helechos y diversos arbustos, y en primavera se llenaba de flores de lavanda. Los pinos llegaban hasta las puertas mismas del palacio y a Constanza, cuando venía el buen tiempo, le gustaba internarse entre sus troncos negros, rectos como columnas. En el verano llevaba con ella una tienda y acampaba a la orilla del arroyo para contemplar el cielo estrellado. A veces, incluso, su padre le permitía pasar allí la noche en compañía de sus damas y de los soldados de su guardia personal.

Pues Constanza, como sucedía con todas las princesas, nunca estaba sola. Tenía una corte de

doncellas, criados y soldados que la acompañaban sin descanso en todos los momentos del día. Las damas estaban a su lado cuando comía, cuando se metía en la cama, cuando iba a la biblioteca a leer. Por la mañana, abría los ojos y ya estaban allí, dispuestas a vestirla y asearla. Eran las damas de la cámara privada, las damas de honor y las doncellas. Siempre estaban a su alrededor, dispuestas a darle lo que quisiera. A Constanza le entretenían sus conversaciones, pues muchas de ellas tenían su misma edad, pero a veces necesitaba escapar de su lado. Entonces mandaba ensillar uno de sus caballos y salía a pasear por la costa. Pero tampoco entonces iba sola, ya que la acompañaban los soldados de la guardia real. Eran más reservados y discretos, pero a Constanza le agobiaba que no dejaran de vigilarla. Cuando iba al pueblo apenas podía acercarse a nadie, pues sus soldados se lo impedían por el temor a que pudieran hacerle daño.

Solo en la biblioteca, en compañía de sus libros, se sentía libre. La acompañaban las damas de su cámara privada, pero a ella le bastaba con bajar los ojos hacia el libro para que estas se callaran y respetaran su silencio. A veces, ni siquiera leía. Fingía hacerlo mientras su pensamiento soñaba con mil historias como las que había leído en sus

libros preferidos. Historias donde las muchachas eran libres y podían vivir sus propias aventuras. Con frecuencia se preguntaba por cuáles eran sus verdaderos deseos. Y no lo sabía. Le gustaban los vestidos, la música y los bailes y, como las otras doncellas, soñaba con la llegada de un apuesto muchacho que cautivara su corazón, pero esperaba algo más. Algo que no sabía qué era, pero que estaba segura de que sabría reconocer cuando apareciera.

Su padre, el rey de Portugal, era amigo del mago Merlín, con el que había compartido muchas aventuras en su juventud. Todavía ahora que los dos eran viejos, Merlín iba a verlos a menudo y se pasaba unos días en el palacio o recorriendo el manto de Leiria. Merlín amaba aquel bosque, cuyas tierras producían delicadas plantas y hongos que él utilizaba para preparar brebajes con que sanar enfermedades.

Constanza estaba a punto de cumplir trece años cuando Merlín los visitó. El rey mandó preparar en su honor una fiesta. Era el mes de mayo y el jardín estaba lleno de aromas nuevos. Esa noche, se veía el cielo estrellado como un libro con letras de plata. Un libro donde estaban escritos los secretos de la naturaleza. El rey Dinis cantaba muy bien, y había compuesto hermosas canciones de